

I. REBUJITO

MANOLO tenía un puesto de pavos en Navidad, que, por arte de birlibirloque, en verano se convertía en un puesto de melones y sandías.

Manolo vendía, inexplicablemente, montones ingentes de estos maravillosos y caldosos frutos veraniegos.

¿Cuántos clientes podía tener Manolo en el barrio?: ¿cincuenta, cien? ¿A quién le vendía los 400 ó 500 melones que siempre poblaban el puesto de Manolo?

Es que Manolo era honrado... Manolo calaba los melones y las sandías, y Manolo –a ver quién resuelve este misterio– quitaba de enmedio todos los frutos incomedibles...

Si Manolo viera cómo se venden ahora las sandías y los melones... Te venden media sandía, un cuarto de sandía o una *tajá* de sandía. Te cobran un ojo de la cara y te juegas a que la sandía no sepa a nada...

Con los melones, tres cuartos de lo mismo... Dice el melonero que garantiza que está dulce y cuando lo abres en tu casa, sabe a agua de pozo.

Desde esta *memoria del verano*, reivindicamos el calado del melón, la prueba de la sandía y la cáscara verde por fuera en vez del papel de celofán que ponen para que no se seque y no se note que no huele a nada.

Desde aquí rendimos homenaje a Manolo, el del puesto de melones que hubo en cada barrio y que nos daba a probar lo que nos íbamos a comer. Gracias, Manolo.

SEGÚN creo, la gente se casa menos en enero y mucho más en junio o julio. ¿Por qué?

Si nos fiamos de los fríos datos estadísticos, llegaremos a la conclusión de que el calor es más fiable para llevar a cabo una boda sin riesgo de lluvia... o que queda más bonito celebrarlo todo al aire libre en uno de esos cortijos que están en la quinta puñeta, donde al entrar te recibe un coro rociero, cantando *Oléee..., Olé..., oleolé...* como cuando el feliz enlace de la Infanta.

Entonces los encargados del *catering* te endiñan la primera copita de vino y entonces recuerdas que no puedes beber, porque el dichoso sitio de la celebración está a 30 km de Sevilla, que has venido con tu coche, y la broma te puede salir por 300 euros, además de lo que te has gastado en el regalo.

Cuando te divorcias, algunos años después, hay que pagar de nuevo. Pero los pecados, las prisas y la mala cabeza, tienen esas bromas.

Ya existe la *Feria de la boda* como existen *Feria del toro*, del caballo o de la tapa... o sea, que como se ve, esto es cada vez mejor negocio.

Porque hay quien no escarmienta y después de un divorcio, viene otra boda y, seguramente, otro divorcio, ya que como todo el mundo sabe, el ser humano es el único animal que tropieza dos mil veces en la misma piedra.

CALENDARIO MODERNO DE LAS FIESTAS MATRIMONIALES

- 1) Fiesta de pedida y anillo de compromiso.
- 2) Fiesta de despedida de soltero del novio (con espectáculo sexo-porno).

- 3) Despedida de soltera de la novia (con espectáculo sexo-porno).
- 4) Convite de bodas.
- 5) Fiesta de divorcio del esposo (con espectáculo sexo-porno).
- 6) Fiesta de divorcio de la esposa (con espectáculo sexo-porno).
- 7) Fiesta de la ex-esposa celebrando la sentencia del Tribunal de la Rota.
- 8) Cena de consolación del ex-esposo con los amigos, indignado por la sentencia del Tribunal de la Rota.
- 9) Pagar el crédito bancario para la boda y la hipoteca.
- 10) Vuelta al número 1).

Epílogo: creo que la Iglesia no va estar muy de acuerdo conmigo... En fin, qué le vamos hacer.

TE salva la vida, 3.000 euros, en tres minutos. ¡Eureka!, que decía el griego. Te crees salvado de la miseria y no es así... a partir de enero, pagará la tarjeta del banco, el anticipo de tu empresa, el crédito rápido al 20% de interés..., en mayo respirarás. Pero ahí están esperando Semana Santa y FERIA... y a empezar otra vez... ¡Qué angustia de vida! ¡Por Dios!

¡En el super tal, oferta de polvorones y alfajores! Paga 5 y llévate 60. ¡La colonia cual te hará irresistible!

¡*Baby borrachilla*, la única muñeca, que va de botellona y se levanta con resaca!

Estos mensajes o parecidos, resuenan constantemente en nuestros oídos, desde hace semanas... La Navidad se intuye cercana y no precisamente por motivos de felicidad.

La economía familiar se empieza a resentir como cada año... porque no escarmentamos... La tarjeta de crédito agonizante... Los nervios de punta porque se te ha olvidado algo y no te acuerdas (¿Qué será, será?).

¡Y todo esto te está pasando en noviembre! ¡Te queda un mes de angustia y de agonía! ¡Siempre falta algo! ¡El bolsillo no da para más! Cuando vas al cajero automático, sacas el dinero de espaldas para que la cámara no te reconozca...

Pero, de repente, ves una luz al final del túnel... la televisión.

Los langostinos, congelados por supuesto, se adquieren antes, cada año, para aprovechar los precios, pero el tendero, que lo sabe, los sube al doble una o dos semanas antes... o sea, que caemos en la trampa irremisiblemente.

Los juguetes se compran porque se agotan rápidamente...

¡Otro gasto que podría esperar un poco!
Por fin, tienes el congelador hasta las trancas de comida que, seguro, ha de sobrar y las cajas de colorines con los regalos guardadas en casa de tu suegra.

*La Nochebuena se viene,
La Nochebuena se va...*

LA Nochebuena está cercana, pero ya hablaremos de ella cuando llegue su momento... ¿Y por qué empiezo así? Porque estos días de principios de diciembre están ligados en nuestra conciencia y, sin darnos casi cuenta, a las figuras más temidas de esa noche del 24 que debería ser de paz y amor... debería, pero no siempre es así... Estos personajes temidos y apabullantes son, ¡tachán, tachán!: las cuñadas y los cuñados que vendrán esa noche supuestamente de paz, amor y buena voluntad, a ponerle faltas a todo lo que pongamos de comer...

—¡El huevo hilado no es como el del año pasado... éste es más tieso!

Y tieso es como te has quedado comprando esos fideillos amarillos al precio que está el kilo.

—¡Este Rioja es más ácido que el Ribera que traje yo la Nochebuena anterior!

¡Pues haberlo traído y ya está!

—En las gambas te han estafado, cuñada, éstas son congeladas y además las has cocido demasiado...

Y entonces te da un cursillo de cómo hay que cocer las gambas.

Y así, plato tras plato, y embutido tras embutido.

Para evitar todo esto hay dos soluciones: *a*) que cada cuñada o cuñado traiga uno de los platos para la cena, *b*) lo mejor, no invitar a nadie y cenar con los niños y la abuela.

Después, una llamadita a los cuñados a las 12. ¡Feliz Navidad! Y la Misa del gallo, que ahí no protesta nadie.

EN los peores tiempos de la dictadura, a las mujeres que habían sido republicanas o tenían a sus maridos en presidio, se les daba un purgante de aceite de ricino, se les afeitaba la cabeza y eran sometidas a pública vejación... Yo creía que nadie tenía tan mala idea en los tiempos que corren... Pero ayer vi y leí la noticia del suceso que acaeció en la villa de Carmona.

Carmona, la de la Necrópolis, la de la puerta árabe, la de la fértil e inmensa vega que acogió gran parte de mi infancia... ¡y mira, no me esperaba yo esto! Resulta al parecer que, una esposa celosa –esos que dicen de que los celos son la sal y pimienta del amor, no se lo cree nadie– una esposa celosa, decía, y es más, con guasa y mala leche, diría yo, invitó a la presunta amante de su marido a un cafelito y a ver, creo, *Pasión de gavi-lanes*, y junto a la hija de la celosa, tramaron una estrategia propia de la peor idea de las tres viejas de *Aquí no hay quien viva*.

La celosa de esta historia y su hija, en vez de hablar primero con su marido y padre, ataron a la pobre vecina al sofá y le dejaron la cabeza pintada de negro como un beduino de la cabalgata de los Reyes Magos... además le raparon el pelo tipo *okupa* de la plaza de la Encarnación y, después llamaron por teléfono al presunto adúltero, que según parece era totalmente inocente... Los programas de TV darían un ojo de la cara por poder llevar a las protagonistas a ocupar horas y horas de programación.

Se pelearían primero, se perdonarían después, y el marido saldría airoso del lance tras demostrar que es más bueno que el pan. ¡Aquí es donde radica el interés de la cosa!, y no en que si

Bárbara Rey se pelea con Moncho Borraro porque le ha dicho que le da al vino...

Esta es una historia para que no cunda el ejemplo y nadie se tome la justicia por su mano... porque errores se cometen a diario... si no, mira como tiene Swartzeneger el corredor de la muerte en California.

LA frase más oída todos los veranos es la clave del comienzo de una conversación de bar. Lo primero que se le dice a un taxista al entrar en su vehículo es *ojú, qué caló*. Los sevillanos comienzan a decir esta frase en Cuaresma y dejan de decirla en octubre...

Ojú, qué caló, es la señal de identidad del sevillano y tema de acojonamiento de forasteros y visitantes... esos que van por la calle con la mochila y la botellita de agua, se sientan en una terraza a las cuatro de la tarde, ¡porque en su país no ven el sol en todo el año! Llaman al camarero y le piden vino blanco. ¿Se han fijado que los extranjeros beben todos vino blanco? El camarero les pone las copitas y mirándolos a los ojos les dice: *ojú, qué caló*...

El forastero nacional o comunitario, cae entonces en la cuenta que hace 42 grados a la sombra y que eso no hay quién lo remedie.

Ojú, qué caló, dicen los viajeros al entrar en el autobús que va, por ejemplo, desde la Encarnación a Miraflores. Y esa frase desencadena el comentario de todos y de siempre *antes no hacía tanto calor. Se están cargando el planeta*, dice el ecologista de turno... La gente se queja de vicio... todo calor del que suele presumir el sevillano, como si de un récord Guinness se tratara, tiene arreglo con el aire acondicionado, el ventilador o el abanico de siempre...

Todo el calor tiene arreglo, menos uno... el hombre que está a las 12 de la mañana subido en el andamio y dice, *Ojú, qué caló*, con más razón que un santo.

AQUELLA noche hacía muchísimo calor... Las ventanas, abiertas de par en par, dejaban entrar todo el calor acumulado por el pavimento de la calle durante 20 horas de sol...

Aquella noche, sin aire acondicionado, más que nada porque no había, costaba conciliar el sueño porque habíamos sobrepasado con creces el umbral del insomnio con el que nos asusta todos los días Juan Miguel Vega cuando habla del tiempo...

De repente sonó un zumbido, parecido al ruido que hace un vecino lejano con el trompo eléctrico colgando cuadros... No era eso, que va, era el primer mosquito, el explorador de un ejército implacable que recordaba la escena de los helicópteros, con música de Wagner, de *Apocalipsis Now*...

El despertar fue violento, el ruido inquietante de varias decenas de trompetillas, que me recordaban inexorablemente a la Banda de las Cigarreras tras el paso de San Gonzalo, me pasaban rozando las orejas.

De repente sentí un pinchazo, o quizás un bocado y me salió inmediatamente un bulto rosado y picante...

La noche de mosquitos, se había convertido en la *Noche de Valpurgis*, una orgía de sangre corría por las venas –¿los mosquitos tienen venas?– de aquellos indeseables...

La primera reacción: coger la alpargata y liarte a viajes contra la pared...

Resultado: una baja por cada cien atacantes y diez o doce manchas de sangre en la pared que, al otro día, tendríamos que limpiar...

Una baja por cada cien atacantes es, como diría el Quijote, una desigual batalla.

Gracias a Dios, un laboratorio alemán inventó una colonia que ahuyenta a los mosquitos, pero huele como a gazpacho y eso está deteriorando mi vida sexual, por que mi mujer prefiere al mosquito antes que el olor del repelente.

LA flora del verano, florece por sí misma, sin riegos, sin abonos, sin tonterías...

Es flora y fauna del mismo tiempo: los hay chuchurríos de aburrimiento; otros con buen color y los ojos brillantes de no trabajar y comer a su hora... queda algún que otro depredador de pacotilla, que se cree Antonio Banderas y que liga menos que yo –y mira que lo intento–.

Toda la Sevilla veraniega se llena de gente solitaria en su mayoría, que como te coja en un bar, no para de hablar y te da la tarde.

Hay, en verano, alguno que coge la trompa enésima del año, aprovechando que la parienta está en Chipiona con los niños... ¡Enorme error! Porque siempre en el bloque se ha quedado un vecino o una vecina que le da el parte de guerra a la mujer, *tu marido venía temprano todos los días, pero le costaba un trabajo abrir la puerta... y con la media granáina, alegrito.*

Pero lo más duro es lo de los niños –los pobres vienen felices de la playa con su heladito de después de comer–, llegan a casa, ponen la tele y lo primero que sale es el anuncio de vuelta al *cole* de unos grandes almacenes... Los niños se horrorizan ante la idea de volver al colegio y la madre ante la cuenta de la tarjeta de crédito que se va a quedar temblando después de pagar el veraneo.

La fauna veraniega siempre sufre, tanto la que veranea como la que no... Esto no cambia y por mucho que nos empeñemos siempre pasa lo mismo. En septiembre otra vez a levantarnos a las 8 de la mañana y a esperar que otra vez llegue agosto.

Cucú, cantaba la rana...
Cucú, debajo del agua...

¡QUÉ bonito!, ¡qué divertido! ¿A que sí? Pues, bueno, es mentira, porque la rana es un bicho verde y feo que hace un ruido muy desagradable y además de noche...

¿Y por qué hablo de la rana? Porque algún ecologista habrá que me diga alguna barbaridad cuando hable de otro bicho nocturno y desagradable: el grillo. La ventana abierta... los visillos casi imperceptiblemente movidos por la brisa de la noche calurosa, uno está conciliando el sueño... un cri-cri suave entra por encima de los geranios y las gitanillas del balcón... es incluso agradable... cuando nuestros párpados están suavemente cerrados, ¡arrecia el cri-cri del grillo, llamando a la grilla en la noche! El cri-cri sube de tono porque, según parece, la grilla no está por la labor...

El grillo, que se está viendo venir que esa noche no se come una rosca, aprieta entonces las alas con las que hace el ruido y a ti se te ponen los ojos como platos...

Ya sudoroso y desvelado, te levantas de la cama y vas al balcón con las peores intenciones, es decir, a la cacería del grillo...

¡Qué habilidad tienen los grillos! Cuando llegas al balcón, el cri-cri, suena por varios sitios a la vez... ¿hay varios grillos?

Pues no, hay uno solo pero que es un cachondo, dispuesto a darte la noche...

Busco y rebusco por las macetas y en ese momento, el cri-cri, se calla...

¡Lo he vencido! Me digo... y me voy a la cama de nuevo.

Cri-cri, comienza otra vez y más fuerte... como diciéndome: ¿A que no me encuentras, tonto del culo?

Me levanto de nuevo, el cri-cri se calla... cierro la ventana temiendo lo peor y el cri-cri se calla... me acuesto y el grillo parece David Bisbal... ¡qué manera de gritar! No me queda otra alternativa... me tapo la cabeza con la almohada, intento pensar en otra cosa, pero lo único que se me ocurre es:

¡La madre que parió al grillo!

CUANDO tenía cinco años, mi familia me llevó al campo... pero no a un campo cualquiera... fui a la Huerta del Moscoso, en el Viso del Alcor.

La vía del tren dividía en dos la pequeña huerta de mi tía Eloisa y mi tío Vitoriano.

Allí aprendí a respetar una naturaleza durísima, rodeada de alcores y campos de secano que se araban con mula y lo poco que se regaba se hacía a golpe de *zoleta* y de riñón.

Aprendí a querer al campo y a sus hombres y mujeres que, con un gazpacho y poco más, cogían algodón de sol a sol.

Teníamos luces de carburo y el agua había que cogerla diariamente de un pilón...

Con mi sombrero de paja y mis alpargatas, recorría todos los días los campos que trabajaban mis tíos y mis primos.

En resumen: fui más feliz que nunca en mi vida y jamás oí a nadie quejarse ni hablar de las subvenciones europeas, entre otras cosas, porque no éramos europeos... yo sólo era feliz.

RECUERDAN los más veteranos: Matías López ¿era chocolate? No lo sé, pero estaba bueno.

Había chocolate de algarrobas, que sabía a tierra, pero tampoco estaba tan malo...

No se podía ir a la tienda y mirar la etiqueta, para ver qué tanto por ciento de cacao tenía la tableta, gorda como un ladrillo, entre otras cosas porque no tenía cacao.

Lo que recuerdo, y no se bien por qué, es que el chocolate se medía a la manera inglesa... la tableta era media libra de chocolate y el cuadradito era una onza...

En las casas se compraba media libra, o sea, una tableta, para toda la familia, y las meriendas consistían en un cuadradito, es decir, una onza, una porción mínima de chocolate, con un inmenso bollo de pan...

Chupábamos el chocolate, ya digo, pequeñito, pequeñito, y le dábamos un mordisco al bollo de pan, casi siempre sequearon, que acompañaba a aquel chocolatito, pequeñito, que siempre sabía a poco y no te dejaba regusto en la boca, porque el humilde bollo de pan, ocupaba su lugar en nuestro paladar infantil.

Por lo cual, debemos pensar que, dada la calidad y cantidad del chocolate, la verdadera merienda era el bollo de pan.

Pero lo más dramático de todo, era cuando tu madre veía chupar el chocolatito con deleitación y te decía:

—Paquito, hijo, come pan que te va a sentar malamente el chocolate.

¡Lo que tenía que oír!

CUANDO el calor apretaba las calles del barrio quedaban calladas, mientras los vecinos cenaban el huevo pasado por agua, los aliños y las tortillas *liás*, se digerían pronto y se sacaban las sillas a la calle e incluso alguna hamaca de lona, que es como eran antes las tumbonas.

De repente, las aceras de mi calle en plena noche se llenaban de vecinos ociosos, somnolientos y acalorados, que se reunían en grupúsculos alrededor de un platito de altramuces o de higos chumbos.

Los critiquéos se hacían en voz baja, porque el criticado o la criticada solía estar muy cerca.

A la vez que el calor de la noche iba apretando, arreciaban los cuchicheos de los grupos de vecinos...

Mi vecina María era sorda como una tapia y, mientras todos los tertulianos del plato de altramuces pasaban revista al vecindario y hacían conjeturas de las vidas ajenas, ella, en su deficiencia auditiva, era la Sherlock Holmes del barrio... como no oía, observaba, sacaba sus conclusiones y, hay que ver, ¡acertaba!

Todos conocíamos los modelos de camisetas de tirantes de los vecinos y algún pijama de los concurrentes más recatados.

En Sevilla las reuniones al fresco de la calle en las noches de verano eran más interesantes y más concluyentes que los programas del corazón de la tele.

Pero no demos ideas, que lo único que nos falta es el *Tomate* o la Campos comiendo chochos en las puertas de nuestras casas.

ASPIRÉ lo más hondo que pude... primero tosí, se me saltaron las lágrimas... creo que me puse colorado y hasta escupí, como había visto en las películas.

Tenía 13 años, era verano y había comenzado la gran pesadilla de mi vida... casi sin darme cuenta había empezado a fumar.

Mi primer cigarrillo, fue una experiencia, que, recordándola ahora, me parece terrible. Me dio mareo pero por mor de aquellos tiempos, me hizo sentir *un hombre*, el más machote de mis amigos.

Creo que fue un *Peninsular*, el primer cigarro que me endiñé o me endiñó el que me lo vendió siendo un niño.

Este no es un buen recuerdo del verano... gracias a este primer *Peninsular*, llevo años tosiendo como un condenado, y gastándome un dineral, que podía utilizar, por ejemplo, en irme de viaje.

No cabe duda que el tabaco ha sido mi mejor amigo en mis peores momentos, antes de salir al escenario, un cigarrito me acompañaba. Ha sido mi amigo en los momentos de estrés, ha sido mi amigo en los momentos más amargos de mi vida, ha sido mi amigo... pero hay amigos a los que hay que dejar porque pueden buscarte la ruina, y hasta puede costarte la vida.

¡ESO sí que eran mareas! Por Santiago el agua subía en la playa de Regla hasta el límite... ¿y cuál era el límite? Los sombreros a los que se les llamaba exagerada y eufemísticamente *toldos*, que en el día de Santiago de hace años eran objeto de *overbooking*, ¡o sea, de llenazo!

He visto, y les prometo que es verdad, a una familia entera que fue a pasar el día del Patrón Patrio, he visto, digo, a la abuela, con un anafe de alcohol o de petróleo y una olla a presión, preparando un guiso de menudo para la hora del almuerzo, ¡con la *caló*!

La gran marea era de los autobuses de los *Amarillos*, que llegaban llenos de gente de raza blanca y volvían con pasajeros de raza roja, como un farolillo de feria.

Las mareas de Santiago eran un cuento... todos esperábamos un *sunamito* chipionero que, casi nunca se producía. Pero la marea de Santiago de entonces era más vistosa, porque la playa era también más estrecha... media playa estaba ocupada por las casetas pintadas, por cierto, de rayas verdes y blancas, y pegado a la caseta el toldo de marras, o sea, la playa medía 20 metros menos de ancho, por eso la marea subía más. Luego de marea de Santiago *na* de *na*.

¡Hay que ver qué manera de cargarse la tradición y el mito!

¡Pero qué le vamos a hacer!

Las cosas son como son... y esto ya no es lo que era.

LA siesta ha sido considerada siempre como la gran aportación española a la calidad de vida...

Pero, cuando éramos pequeños, la siesta era poco menos que un castigo. ¡Y digo bien!, un castigo aburrido y diario al que nuestros mayores nos sometían sin piedad.

La hora de la siesta en aquellos tiempos, que no en la actualidad, era el momento que nuestras madres dedicaban a tareas como la costura... con un fondo de radionovela, arreglaban los rotos y descosidos de unas prendas familiares que aún no cono-cían el *pret a porter* de los grandes almacenes.

¡Y claro, nos acostaban con nuestros padres!, que además de roncar, colocaban un ventilador ruidoso que te soliviantaba y te ponía los nervios de punta, entre sudores y vueltas en la cama-...
¡Quieres estarte quieto de una vez, que así no hay quien duerma!.

Tu padre se empezaba a cabrear, tú te levantabas despacito y dejabas a tu padre roncar en paz. Y ahí vino lo único positivo de aquellas nefastas siestas: descubrí las novelas de Marcial Lafuente Estefanía, que andaba por la mesilla de noche de mi hermano mayor, y comencé a devorarlas, siestas tras siestas, sin saber muy bien por qué... porque todas eran iguales.

¡Qué difícil era dormir la siesta a los 10 ó 12 años! ¡Qué horrible experiencia veraniega diaria! ¡Cómo me quejaba entonces!

Y ahora daría sangre por dormir la siesta todas las tardes, si tuviera con quién...

¡Cómo cambíamos con el tiempo!

Los niños en verano, juegan a la *play*, hablan por el teléfono móvil sin hablar, o sea escribiendo... bueno, lo de escribiendo es un decir, porque escriben, queso, de una manera muy rara... pone la *q* y detrás 30; y si el mensaje es para su amiga Macarena, escriben el nombre con *k*.

Los que tenemos algunos añitos más de lo que nos gustaría tener, nos acordamos de los juegos que nos ayudaban a pasar las tediosas horas veraniegas: jugábamos, por ejemplo, a la billarda... ¿Que qué era eso? Pues una especie de *base ball* para pobres que se jugaba con dos palos a manera de bate y pelotita...

¿Que cómo le explicas eso a los niños de hoy? A esos niños que cuando juegan a la *piola* le dicen *pídola*... a las *bolas* canicas y a los *panderos* cometas.

Así se están poniendo los niños, gorditos, con colesterol y *con más mala cara que un chino con diarreas*, como decía mi recordado amigo Paco Gandía.

A los niños les falta mucho puchero, mucha tortilla de papas y muchas zonas verdes, para que den carreras por sus pueblos y ciudades... pero, claro, ellos de eso no tiene la culpa.

Las meriendas eran de hoyos de pan con aceite, los desayunos de café *migao* y ahora son de *crispis*.